

POLITIZAR LOS CUIDADOS.

Mojarnos, des-entramarlos y emanciparlos para tejer común

1. Sentí-pensar y activacionar Trabajadoras No Domesticadas

No pretendemos delimitar con palabras a Trabajadoras No Domesticadas (TND), no quisiéramos que se encorsete, en unas determinadas características concretas y definidas, una experiencia colectiva compleja, dinámica, abierta y, sobre todo, en movimiento.

Sin embargo, aunque podría haber más de una caracterización posible o tantas como compañeras conformamos este recorrido, es curioso y tal vez sintomático que, cuando hemos hecho estos ejercicios de empezar a nombrarnos, reflexionando sobre lo que somos, hacemos y queremos (y lo que no queremos ser y hacer) suelen surgir cosas parecidas. Nos (pre)ocupa tanto el qué como el cómo. ¿Qué quiere decir esto? Que la forma de trabajar-crear-transitar los procesos es para nosotras en sí misma una práctica política, una praxis emancipadora.

Apostamos por el protagonismo colectivo. En eso andamos y es lo que nos interesa cuidar, lo que nos mantiene alertas. Podríamos decir que somos (o que queremos ser): “Mujeres-trabajadoras-sujetas-protagonistas-activas¹ que enredadas en múltiples procesos(s) de inter-aprendizaje colectivo y situado² pretendemos transformarlo todo de raíz³”. No se trata de una definición cerrada, se construye al andar. Es más bien, una expresión de deseo, un horizonte de referencia constante, al que aspiramos. Veamos, entonces, de manera desagregada, qué implican las diferentes partes de este enunciado.

¹Mujeres-Trabajadoras-Sujetas-Protagonistas-Activas

Partimos de definir nuestro punto de partida. Tenemos vidas, historias y realidades diversas. Somos mujeres trabajadoras con distintas edades, procedencias geográficas, de vivienda, de red. Casadas, solteras, separadas, libres y atadas de diferentes modos. Madres aquí, a la distancia o en ningún lado, por decisión propia y/o imposición. Con saberes, estudios y empleo variados, mayormente precarios. Buena parte de nosotras es (o ha sido) trabajadora de hogar y de cuidados. Militamos por la defensa de los derechos y reivindicaciones de este sector. Somos feministas, migradas, vascas, populares, trabajadoras, decoloniales, comunitarias. Nos une la condición de clase y la (pre)ocupación por transformar el lugar social del empleo de hogar y de las personas que lo realizan, como eje estratégico si, de verdad, queremos una emancipación social.

La trinchera donde empieza todo es la posición que ocupamos y/o se nos asigna en la estructura social. Diferentes ejes de opresión, como raza, género, clase social, edad, entre otros, interactúan conformando lo que somos (y lo que no), situándonos en diferentes posiciones que, aunque no son estáticas ni inamovibles, no podemos dejar de dimensionar.

Esto implica romper y abrir. Ciertos elementos fuertemente abigarrados se mueven, cuando se empiezan a cuestionar y desnaturalizar. Entre los quiebres más potentes de esto, está la politización de nuestras situaciones vitales y descubrir puentes en común entre que lo que le pasa a cada una y lo que le pasa a la otra (y lo que le ha pasado a nuestras madres y amamas). Es dimensionar que lo que nos sucede no son hechos aislados, ni simples casualidades. Es aplicar-nos el sospechómetro, como actitud constante de pensar que, lo que es, puede ser de otro modo.

Asumir-se sujeta protagonista activa va de lo personal hacia lo colectivo. Se trata de un ejercicio sin vuelta atrás. Implica salir-nos de zonas de confort y revisar-nos los roles que reproducimos. Abordar y trabajar miedos, inseguridades y autocensuras y, también, soltar privilegios. Auto-afirmarnos como mujeres sujetas protagonistas activas con capacidad de agencia, decisión, deseo y voluntad propia, implica afrontar conflictos y dejar de escondernos bajo la imagen de pobres víctimas indefensas.

Con esto, se va desplegando un proceso complejo de reconocimiento multinivel y multidimensional. Queriéndome y valorándome, me proyecto y potencio en, para y con las compañeras. Sin ese primer paso de auto-asunción difícilmente la sociedad, las instituciones, las administraciones y los entornos cercanos nos verán-leerán de ese modo. Otra pata de este reconocimiento es con otras y otros colectivos, sectores y personas. Apostamos por un trabajo colaborativo desde el encuentro, las alianzas y la articulación entre diversos agentes. Tejer puentes y enredos a partir del trabajo conjunto, es fundamental para generar voluntades y mancomunar medios y poder poner en marcha transformaciones de fondo que difícilmente serán posibles sin este compromiso y articulación amplia entre sectores y entidades diversas.

La lógica de producto es una trampa contra la que combatimos hacia afuera y hacia adentro. Ritmos, exigencias y presiones son cuestiones que llevamos interiorizadas. Esta apuesta por los procesos, por el cómo, tan o más importantes que los productos, no está exenta de tensiones. Asumirnos como sujetas activas no es algo que hagamos

de manera lineal ni racional. Tenemos caminos por (des)andar, algunos más urgentes que tentadores. No somos ni víctimas ni súper-heroínas.

Mujeres trabajadoras sujetas protagonistas activas para tejer una narrativa común, que exprese muchas voces desde diversos prismas y miradas. Un relato desde nosotras, una construcción colectiva que conecte saberes feministas, decoloniales y emancipadores. Un relato incómodo, que cuestiona y quiere sacudir privilegios. Cansadas de que se hable de y por, asumimos la capacidad y la oportunidad de alzar la voz. Un discurso común que se va construyendo, porque es dinámico, flexible, no estático ni hermético. Un discurso que modifica y se modifica, con nosotras. Un hablar desde, por y para nosotras. Para que dejen de hacerlo otros.

²Proceso(s) de inter-aprendizaje colectivo y situado

Hablamos de cuidados, sostenibilidad, vulnerabilidad e interdependencia y lo llevamos (o eso intentamos) al cómo funcionamos colectivamente. Trabajamos el protagonismo, personal y colectivo, para potenciar condiciones emancipadoras y evitar reproducir aquello que queremos transformar. Se destacan así, tres apuestas. Apuesta por el inter-aprendizaje colectivo, equilibrio de ritmos y temporalidades y socialización de la información.

Todos los saberes, talentos y habilidades cuentan y son importantes. Todas las personas tenemos cosas que aprender y cosas que enseñar. Enseñando se aprende y aprendiendo, se enseña. El inter-aprendizaje colectivo, como ejercicio constante, es un rasgo identitario de nuestra organización desde, incluso, antes de habernos conformado como tal. Los conocimientos técnicos, legales y/o académicos o la terminología compleja, no pueden funcionar como factor de jerarquía, (auto)censura o exclusión. Todas tenemos capacidad de análisis, somos portadoras de pensamiento. Desde el "entre todas" construimos algo que ninguna sola podría. Se hace una importante labor de "traducción", por parte de las compañeras técnicas, para que todas podamos apropiarnos de los contenidos. De allí, la pretensión de generar condiciones para que todas podamos leer, descifrar, interpretar, cuestionar y alzar la voz, sin que nadie lo haga por nosotras. Sin un ambiente, un entorno, un círculo, que propicie el diálogo desde la horizontalidad, no hay chance ni posibilidad alguna de inter-aprendizaje colectivo. No tiene que haber compañeras por encima de otras. Intentamos generar mecanismos de contrapeso para que no se cristalicen roles, autoridades ni reconocimientos diferenciales. Intentamos dispersar al poder sobre, transformándolo en poder entre, en poder desde y en poder para.

La sociabilización, el acceso y el tratamiento de la (in)formación es uno de los elementos con lo que intentamos estar alertas. La información es poder y opera como fuente de desigualdad al momento de tomar decisiones y de participar en las diferentes fases de los procesos.

Diversidad y diferencia, según como se gestionen, pueden convertirse en asimetrías, que profundizan ejes de opresión o no. Situaciones vitales cambiantes y precarias, influyen en que no todas tengamos las mismas posibilidades en términos de tiempos, ritmos y disponibilidad. Por eso, estamos atentas a cuidar los ritmos y temporalidades, de cara a que no sean un factor de expulsión ni desafección. Ir más lento, en muchos casos, es mejor. Es importante cuidar esto, así nadie se queda fuera, o se siente excluida, por no poder seguir los objetivos que nos planteamos o que, a veces, las coyunturas parecen imponer-nos.

¿De qué hablamos cuando hablamos de proceso? ¿Qué conlleva esta idea? Los sistemas capitalista-neoliberal, colonial y heteropatriarcal han sabido introducirnos en vena unas formas de medir, hacer, sentir y percibir las cosas en base a lo cuantitativo, lo “objetivamente” medible, lo que tiene un valor tangible, visible. Compartido por consensos tácitos y hegemónicos en los que, la mayoría de las mortales, no hemos participado; pero, en los que sí aportamos para su reproducción, sistemáticamente, como buenas hormiguitas laboriosas.

Señalar esto es importante. Hacer proceso conlleva salirse de estas premisas. Son recorridos que no solemos controlar del todo, con situaciones que nos desbordan y sorprenden, con lo bueno y con lo malo. En este sentido, la constante actitud dialógica, la escucha activa y el intercambio de saberes, desde una relación de horizontalidad, dan cuenta de la apuesta por el inter-aprendizaje como fuente y condición de posibilidad de la construcción colectiva de saberes emancipadores.

La relación de horizontalidad no implica igualación ni homogenización. Partimos de la diversidad como común a las situaciones vitales. Así, la gestión de las diversidades representa un reto de nuestro proceso que, además de feminista, se quiere decolonial, anticapitalista y antirracista. Por ello, recreamos prácticas cotidianas que intentan guardar coherencia con esos postulados que son más bonitos en papel; pero que, en el día a día, implican abordar prejuicios, miedos y estereotipos y toda una serie de contradicciones que nos atraviesan. Esta apuesta por el inter-aprendizaje es política,

filosófica y metodológica. La trabajamos en todos los niveles y dimensiones. Las relaciones decoloniales, antirracistas, anticlasistas y antipatriarcales, las practicamos al interior del grupo y, desde éste, con otras colectivas.

Además, como hemos visto, se trata de procesos situados. Partimos de politizar nuestras situaciones vitales, cuestionando que las cosas podrían ser de otros modos y pensando juntas alternativas. Para ello, la economía feminista de la ruptura es una herramienta y un posicionamiento clave de este proceso que, junto a la educación popular latinoamericana y la pedagogía feminista, lo atraviesan y nutren política, pedagógica y epistemológicamente.

Ligada a la acción de politizar, reivindicamos la filosofía de la sospecha, la propuesta de mirar a contrapelo para desvelar y transformar. Teresa Del Valle (2002) señala a la sospecha como recurso epistemológico indispensable para el feminismo. Tal vez porque la sospecha es el motor que permite cuestionar, desnaturalizar, de-construir y, a partir de allí, proponer alternativas a los discursos, prácticas y relaciones que se nos presentan como inamovibles.

³Transformarlo todo de raíz.

¿Qué entendemos por todo? Todo es todo, valga la redundancia. Es el sistema entero, todas sus dimensiones, aristas y recovecos. ¿Estamos dispuestas a abrir preguntas e interrogantes, cuyas respuestas nos incomoden/sacudan o interpelen? ¿Hasta dónde estamos dispuestas a llegar cuando abordemos el todo?

El diagnóstico, lo que se nombre como “problema”, definirá también -en gran medida- las estrategias que se establezcan para su combate.

Transformarlo todo de raíz, ejercicio colectivo y cotidiano, complejo y no lineal, integra diferentes pasos entre los que se destacan:

- i. Detectar y nombrar. ¿Qué es todo esto? ¿Cómo sus diferentes componentes nos atraviesan, filtrándose en diferentes capas, permeando diferentes dimensiones de nuestra vida cotidiana?
- ii. Desvelar y destapar la cazuela. Visibilizando el conjunto de ingredientes que se ponen en juego, de qué modos e intensidades en cada momento.
- iii. Sospechar y cuestionar-nos. Esta es una oportunidad de desnaturalizar todo lo que se presenta como “ya dado e inamovible”.
- iv. Romper y (de)construir. Implica romper las estructuras mentales y materiales, que contribuyen a la perpetuación de estos elementos y a que la rueda siga girando.
- v. Atrevernó a soñar y a conspirar. Desde otro lugar, el de la vida, la justicia y la interdependencia.

vi. Tramar juntas, revolucionando desde una praxis que lo subvierta todo de raíz.

Estos son algunos de los pasos-procesos, que se van dando muchas veces de manera espiralada. No es posible ni deseable medirlos/traducirlos en clave cuantitativa, se van logrando lenta y gradualmente. Con cuidado y paciencia, como las recetas de nuestras amamas. Recetas en las que, el mayor secreto, es la paciencia, la articulación y el enredo de cada uno de sus ingredientes en el todo.

Ocupamos una posición en la estructura social. Se trata de un lugar que, sin ser estático e inamovible, nos condiciona. Según el sitio que toque o se le asigne a cada una, el acceso o reparto de privilegios y/o opresiones varía. Politizar el todo, además de nombrarlo y abordarlo en su integridad, es problematizar cómo se nos permea y cuestionarnos la posición que ocupamos en la estructura social. Lo primero implica desnudarnos las contradicciones. Y lo segundo, estar dispuestas a des-apegarnos de los roles, tanto los de comodidad y confort como los de pobrecitas.

Vivimos en un mundo injusto. Se trata de un engranaje antropocéntrico y androcéntrico. Antropocéntrico porque, poniendo por encima de todo a la especie humana, ha relegado todas las otras vidas convirtiéndolas en objetos a su merced. Androcéntrico porque, bajo la concepción de hombre como ser genérico, ha universalizado todo a lo masculino. Los bienes comunes se mercantilizan. Todo lo convierte en un recurso a explotar infinitamente. Agua, aire, tierra, animales, entre otros seres, son saqueados, expoliados y explotados. No se tiene en cuenta su finitud, vulnerabilidad e interdependencia; ni que tienen necesidades y derechos propios. Colonización y extractivismo operan con lógicas similares. Se invaden territorios, pueblos y cuerpos. Es un sistema biocida, mata a la vida y se suicida.

Crisis ambiental, alimentaria, económica, política, de valores, de cuidados, de reproducción, migratoria... se entrecruzan, recordándonos lo mal que funcionamos. No es una crisis, es el sistema. Todo gira alrededor de la acumulación de capital. Beneficio y especulación son los motores de este mundo en el que pensamientos, deseos y acciones son dirigidas por el valor de cambio y el dinero. Hemos llegado a creer que todo se puede comprar y vender. Que lo que no tiene un precio, no vale. Y que sólo vale lo que tiene precio.

Bajo este manto, también, se digita qué, cómo y cuándo tenemos que hacer-sentir-pensar-desear las mujeres. Que más y mejor reconocidas somos o seremos, si cumplimos con lo que se espera de nosotras (para que la rueda siga girando). Desde antes de nacer se nos cría, educa y socializa bajo unos roles, igual de claros que castradores. Nuestras identidades y auto-percepciones se construyen en el "*ser-para-otros*". Empleamos la mayoría de nuestro tiempo "a disposición de otros", posponiendo y/o anulando auto-cuidados, deseos e intereses propios. Llevamos interiorizado el sacrificio y el servilismo. Por amor, o por muy poco dinero, parece que somos capaces de todo.

Detectar y nombrar no es fácil, implica mover resistencias y sacudirnos. Cómo caracterizar el sistema no es un dato menor. Nombrar es un ejercicio político. Lo que no se nombra no se ve. Como hemos dicho, del diagnóstico inicial se derivan las estrategias que desplegamos. No todas las valoraciones iniciales incluyen la totalidad de las cosas ni llegan a las raíces de los problemas.

En ese sentido, hay diferentes formas de abordar el empleo de hogar y de cuidados. No todas son necesariamente emancipadoras ni plantean rupturas de fondo. Cuidado con confundir horizontes de lucha con pequeñas batallas del mientras tanto. Una concesión coyuntural no siempre es una victoria. Nosotras, desde TND, peleamos por mejorar las condiciones laborales y las múltiples vulneraciones de derechos que suceden en el marco de este empleo. Pero, no nos quedamos ahí.

Sabemos que existe una tensión entre la forma y el contenido. ¿Reforma o revolución? Aquellos viejos debates y olvidos de la izquierda, a veces se reproducen al interior del propio movimiento feminista. El lugar social del empleo de hogar y de cuidados y de las mujeres que lo realizan: individualizado, mercantilizado, precarizado, infravalorado e invisibilizado, no va a cambiar si no lo transformamos todo. No se trata de modificar componentes (cambiar unas mujeres por otras), ni de poner parches. Tampoco es sólo cuestión de agregar más mujeres en los espacios de poder.

Se trata de cambiarlo todo de raíz. Yendo a toda la estructura, llegando a cada pieza, sus interconexiones y funcionamiento. Esto es ir a la “raíz”, ser radicales al momento de detectar, desvelar y sacudir cómo funcionamos, atreviéndonos a soñar y a conspirar.

2. Transformar el sistema desde dentro, transformarnos para transformarlo. Tres posibles pistas

2.1. Sostener es producir. Redimensionar la productividad desde otra concepción de valor

La noción hegemónica de “productividad”, atada a lo monetario, lo impregna todo, con el cálculo racional de costo-beneficio. Parece que todo se convierte en mercancía que se puede (y debe) comprar y vender. La primacía del valor de cambio sobre el de uso, nos lleva a creer que todo es un recurso a explotar (infinitamente) y que sólo vale lo que tiene un precio. Cuerpos y territorios se vulneran, cosifican, colonizan y expropian.

Así, lo que se entiende por circuito productivo es el que recorre el dinero. Reproductivo-productivo, público-privado, centro-periferia reproducen un pensamiento binario. Cuando estas fronteras arbitrarias se desmontan, emerge todo un conjunto de procesos velados que posibilitan la reproducción personal y colectiva. Detrás

del telón, aflora y se evidencia la base oculta desde donde, realmente, se sostiene todo.

La noción de productividad se redimensiona, incorporándose otras muchas otras formas de medida. El “valor” ya no se restringe a la capacidad de generar renta sino por el aporte con la sostenibilidad del ecosistema-seres vivos-comunidades. Donde los economistas trajeados ven improductividad o fracaso productivo; desde más acá, no sólo reconocemos todos los trabajos socialmente necesarios, sino que nos preguntamos cómo se están organizando y qué vida queremos.

¿Cómo nos salpica esto? Desde TND detenemos la mirada en la reproducción, el sostenimiento y la gestión de las vidas. Expandir los confines de la economía de mercado y visibilizar lo ocultado implica re- visar, también, el trabajo de hogar y de cuidados y su rol en el circuito económico y repensar-nos como mujeres trabajadoras de hogar y de cuidados desde nuevos prismas que, hasta ahora, no habíamos tenido en cuenta.

Asumir la centralidad de los cuidados nos lleva a dimensionar críticamente los trabajos que realizamos, como pilar funcional ocultado. De allí, el planteo de una reorganización social de todos los tiempos y trabajos de cuidados que, en tanto necesidad y responsabilidad colectiva, deben ser asumidos de manera justa y repartida entre todas las vidas. Exigimos una reestructuración del conjunto de la sociedad; ya que, su funcionamiento actual, no sólo permite sino que es condición de posibilidad de una división sexual e internacional del trabajo: racista, clasista y genéricamente estructurada. La apuesta política, en este caso, tiene que ver con romper con los roles, trabajos y lugares social y arbitrariamente asignados bajo esos parámetros. No sólo se trata de visibilizar, regular y reconocer, sino de repartir y reorganizar, con la consecuente revisión de privilegios y zonas de confort.

Esto nos plantea un doble reto, como mujeres y como trabajadoras de hogar y de cuidados. No sólo se trata de luchar contra los molinos de viento, sino que hay que detectar y romper patrones e imágenes que llevamos interiorizadas y reproducimos desde la socialización temprana. No olvidemos que, en muchos casos, nuestra subjetividad se constituye en función del reconocimiento que se hace de nosotras. Reconocimiento que lo es, en base al cumplimiento de determinadas características que el propio sistema nos asigna: la mujer cuidadora sacrificada y buena madre; que se aplica en el seno de la familia

nuclear, pero que se adapta y moldea hasta en los espacios más progresistas y de izquierdas.

En este marco, la ruptura con los imaginarios sociales de valor, competencia y acumulación tiene que ver con ir sacudiendo todo esto que llevamos dentro.

Resignificar y reinventar lo que entendemos por valioso no es nada fácil. Encontramos obstáculos y resistencias de distintos tipos. Buena parte de las relaciones sociales se encuentran impregnados por dinámicas y sentidos impuestos por la noción hegemónica de productividad. Tal es así que, muchas de nosotras infra-valoramos lo que hacemos.

2.2. Cuidar es trabajar. Re-mapear el mundo del trabajo para politizar su concepción

Los cuidados se asumen como necesidades vitales. Todas los necesitamos, con distinta intensidad, en los diferentes momentos de la vida. Los cuidados tienen que ver con la vulnerabilidad en sus distintas formas y con la eco-interdependencia como característica común (universal, desde las particularidades) entre los seres vivos. Lejos de ser un déficit o un gasto, los cuidados se abordan como una necesidad, un derecho y una responsabilidad colectiva desde y para todas las vidas.

Redimensionar la productividad bajo otra concepción de valor, sí que es abrir todo un melón. Sostener es producir y cuidar es trabajar. Cuestionar qué es productivo y qué no, conlleva reconocer un montón de esfuerzos, procesos y tiempos que hasta el momento ni se veían como trabajo ni se asumían política, social, cultural y económicamente.

Incorporar procesos no reconocidos recrea otra concepción de lo que es valioso en función de su relación (o no) con la (re)producción de las vidas, e introduce otros registros y lenguajes para interpretar qué es trabajo y qué no, qué trabajos valen y cuáles no, teniendo en cuenta su utilidad social y capacidad de resolver necesidades vitales, personales y colectivas. El trabajo se mira desde la vida y no para el consumismo irresponsable, individualizante y ecocida.

Como mujeres/cuidadoras/trabajadoras ocupamos un lugar en este engranaje. Re-mapear el mundo del trabajo significa incorporar lo que quedaba por fuera. Se nos reconoce y se comienza a reconocer lo que hacemos. ¿Qué significa esto? No se trata de integrarnos/igualarnos en esa rueda loca del costo-beneficio, ni convertirnos en ese falso ideal del homo-economicus. ¡Cuidado! Muchas veces nos convertimos

(o queremos ser) emprendedoras, empresarias, empoderadas. Pero, ¿bajos qué parámetros? A menudo terminamos incorporando los ideales de autosuficiencia, consumismo y otros que queremos desmontar, siendo precarizadas, vulneradas, explotadas, racializadas e invisibilizadas.

Politizar el lugar que ocupamos tiene de todo. Es duro, pero también liberador. Parte de cuestionar los cuidados como el sumum y ver sus trampas. Como proceso colectivo, vamos sospechando y debilitando la mirada individualizante sobre los cuidados que nutre la matriz neoliberal, patriarcal y colonial.

Pero, ¿qué entendemos por cuidados? ¿Todo lo que se nombra como cuidados lo son? Hay tareas que son impostergables para las vidas. No podemos dejar sin higienizar o sin nutrir a una criatura o a una persona adulta mayor que no puede hacerlo por sí misma, no se puede quedar sin agua un bosque y no se puede producir oxígeno si el árbol no recibe sol para hacer la fotosíntesis. Todo esto son cuidados. También lo es una amiga que me escucha o un padre haciendo las tareas de la escuela con sus hijas. Pero, lo que las personas podemos hacer por nosotras mismas y no hacemos, eso no son cuidados, son responsabilidades que evadimos. Y, además, no es sólo que no las asumimos, sino que las trasladamos, recargando a otras; mayormente mujeres, empobrecidas. Entonces, cuidado con los cuidados. Hay que mirarlos y medirlos muy bien, sin idealizarlos ni estigmatizarlos. Y sobre todo, como mujeres, re-dimensionar qué entendemos por cuidados, nos plantea la importancia de los autocuidados y de desapegar-nos de los roles socialmente asignados de cuidadoras madres-esposas-hijas-compañeras de trabajo-de militancia, sobre los que nos constituimos y a partir de los cuales se nos reconoce... Y darnos la oportunidad de tomarnos a la insumisión, a no cuidar, para que estos trabajos se repartan y organicen de otros modos.

2.3. Cuestionar(nos) las necesidades

Frente a las falsas necesidades alimentadas por unos niveles de consumismo y acumulación bestial, propias de la cultura capitalista-neoliberal, se introduce otra mirada sobre las necesidades. Una mirada que pone el foco en su importancia para las vidas, que recuerda que las necesidades-vitales han sido más o menos las mismas a lo largo del paso del tiempo.

Como parte de este cuestionamiento, se abren varias preguntas: ¿Qué cuidados necesitamos/necesito? ¿Qué (auto)cuidados doy? ¿Recibo todos los cuidados que necesito? ¿Todos los cuidados que doy

son necesarios? Nos hacen pensar sobre el tipo de relaciones de (des)cuidados que contribuimos o no a reproducir.

Subyacen aquí varios retos. Unas vidas más vivibles no van ligadas al nivel o capacidad de consumo y no todos los cuidados representan una sostenibilidad equilibrada, que respete y promueva autonomías y soberanías.

Desmenuzar lo que de manera hegemónica nos han hecho entender por necesidades implica replantearnos cosas profundas. ¿Qué necesito realmente para vivir y cómo me apaño para conseguirlo? Nos hace pensar en lo importante e identificar un montón de falsas necesidades que tenemos introducidas a través del consumismo y su falso modelo de felicidad. También conlleva revisar y soltar los privilegios y toda la serie de comodidades sobre las que nos “apoltronamos”; asumiendo, con responsabilidad, las consecuencias de nuestras acciones y/u omisiones, en otras vidas-cuerpos-territorios. Tal vez por esto, así como desde el feminismo se ha entrado a cuestionar mucho la economía (sobre todo, denunciando la división sexual del trabajo y las brechas de desigualdad), las necesidades se han cuestionado mucho menos. Nos parece importante empezar a trabajarlas porque, realmente, no podemos transformar la economía si no cuestionamos qué entendemos y cómo resolvemos las necesidades vitales.

Si trabajo es aquello que sostiene la “vida”, esa “vida” hay que definirla (no es cualquiera, sino aquella que merece ser vivida). Y definirla pasa por reconocer qué necesitamos. No sólo vamos a encontrar graves problemas en la forma en que se reparten y valoran los trabajos, sino en las necesidades que queremos cubrir con ellos. En el cómo se sostiene la vida y en qué vida queremos sostener.

Transformar el sistema desde dentro, y transformarnos desde dentro para transformarlo, no es tarea sencilla ni inmediata. Si entendemos que la vida es vulnerable y que hay que cuidarla, cuidar la vida debiera ser el eje de la economía. O, dicho de otra manera, se puede cuestionar el todo de la economía desde la pregunta: ¿en qué medida y cómo se cuida(n) la(s) vida(s)?

Trastocar las nociones hegemónicas de productividad, trabajo, cuidados y necesidades incluye también remover lo que se entiende por espacios y personas sujetas del proceso productivo y de sus luchas y descubrir lo que no veíamos cuando nos acercamos a los espacios desde dónde se produce.

La reflexión crítica y el inter-aprendizaje colectivo, desde y para nosotras, representa un ejercicio clave en muchos sentidos. Nos

permite detectar e intervenir sobre aquello que puede estar funcionando como nudo problemático de cara a fortalecer y potenciarnos. Pero también nos hace auto-asumir-nos en la dirección protagónica de los procesos de revisión, valoración y proyección de lo que hacemos; como ingenieras-artesanas de esas resistencias, desde nosotras, desde los múltiples y diversos ámbitos que habitamos.